

La revolución se consumó casi sin resistencias ni efusión de sangre por la acción de la fuerza armada (4 setiembre 1811) concurriendo pasivamente el pueblo en corto número como mera comparsa. Carrera fué el brazo de ella y en sus disposiciones desplegó inteligencia y resolución; pero no se le dió participación en el gobierno que se formó. Los liberales triunfantes, aunque operaron un cambio radical en la política, no alteraron el plan constitucional del Estado. En cuanto al Congreso, limitáronse á expurgarlo, excluyendo á seis de los diputados indebidamente nombrados por la capital, á fin de ajustar la representación al censo electoral, y á declarar vacantes tres asientos, con lo cual quedó restablecida la mayoría numérica que necesitaban para prevalecer en sus decisiones. En cuanto á la organización del poder ejecutivo, nombraron una junta de cinco vocales, uno de los cuales fué Rozas, y se uniformaron con el gobierno disidente de Concepción. Esta nueva administración justificó su elevación dando un vigoroso impulso á las reformas, nuevo aspecto á las cosas y más tono á la situación. Desde luego, el primer resultado saludable que se hizo sentir, fué hacer entrar las cosas en su quicio, al conciliar el parlamentarismo con la eficiencia gubernativa, condensando las fuerzas morales y materiales del país con un objetivo más claro. Á esto siguióse una serie de medidas, leyes, que revelaban un propósito firme y una ciencia y conciencia de los deberes premiosos de una autoridad vigilante y tuitiva. En vez de los ochenta quintales de pólvora que hubieron de negarse al gobierno de Buenos Aires, se le remitieron doscientos, perseverando así en la alianza de los dos pueblos. Para acentuar este acto y salir del aislamiento en que se encontraba, nombró un enviado diplo-

Chile, » t. I, p. 295 y sig. — Vicuña Mackenna : Hist. gral. de la Rep. de Chile, » t. I, p. 364 — 367 (nota). — « Diario » M. de S. José Miguel Carrera, que confirma el texto y los asertos de todos estos historiadores.

mático cerca del mismo gobierno, ejerciendo así un acto de soberanía exterior. Expidió una manifestación proclamando la resistencia, por cuanto era, según sus palabras « una necesidad desenvainar la espada para garantizar la seguridad y » defender la libertad civil, » y emplazó á los indiferentes no comprometidos en pró de los principios de la revolución á pronunciarse ó alejarse. Alivió al pueblo de pesados impuestos, estirpó abusos inveterados del sistema colonial, organizó la justicia según un plan nacional, fomentó la industria, enroló á todos los ciudadanos en la milicia y los armó, estableció la publicidad de las cuentas, atendió á la instrucción pública, y por último, tuvo la gloria de ser el primer pueblo de ambas Américas que declarase libres á todos los hombres de todas las razas que pisasen su suelo y á todos los que naciesen en él de vientres esclavos, promoviendo desde luego la manumisión de éstos. Jamás tuvo Chile un gobierno más digno de regir sus inciertos destinos. Esta obra del civismo, del desarrollo orgánico de los elementos políticos y sociales y del instinto progresista y conservador á la vez, fué destruida por la ambición insana de Carrera, que substituyó á ella su estéril y egoísta dictadura personal sobreponiéndose á la ley y á las conveniencias públicas.

II

Despechado Carrera de que no se le hubiese dado en el nuevo gobierno el puesto que él creía merecer, en lo que tenía alguna razón; resentido por el estudiado olvido que de él y de sus hermanos se hacía, en lo que los vencedores obraron con poca prudencia, tal vez porque presentían en ellos colaboradores más peligrosos que útiles, y celoso de que la familia Larrain, la de los ochocientos, que desde entonces él em-

pezó á llamar « la familia otomana, » se hubiese distribuido los primeros puestos públicos, monopolizando la influencia gubernativa en sus tres ramas políticas, lo que era cierto, un incidente vino á hacer de las dos familias los montescos y capuletos de Chile. Jactándose uno de los Larrain de que tenían todas las presidencias, — la legislativa, ejecutiva y judicial, — Carrera le preguntó con zorna: « ¿ Y quién tiene la presidencia de las bayonetas? » (7). Esta era la que él tenía en mira. Envanecido con su naciente popularidad, meditaba echar por tierra el gobierno que había contribuido á fundar, valiéndose al efecto de los elementos militares y del crédito adquirido entre ellos. No bastándole esto, para lograr su intento explotó sin escrúpulo las disposiciones reaccionarias de los godos con promesas de restauración del antiguo régimen, obteniendo por este medio que le suministraran recursos para su empresa (8).

El 15 de noviembre, — cumplidos apenas dos meses de la instalación del nuevo gobierno, — estalló un motín militar en la ciudad. Juan José se sublevó con su batallón, y ocupó el parque. Luis se hizo aclamar jefe de la artillería, y sacó á la calle los cañones, cuyo ruido rodando por los empedrados se hizo desde entonces la señal de alarma de revolución carrerina. José Miguel se puso al frente del motín, é intimó al ejecutivo y al congreso se reuniesen inmediatamente para oír las peticiones del pueblo. Sólo concurrieron al llamado los godos, halagados por las promesas engañosas de una restauración, pidiendo á gritos la disolución de la junta y del con-

(7) « Diario, » M. S. de J. M. Carrera en « Hist. Gral. de la Rep. de Chile, » t. I, ps. 388 y 389.

(8) Es un hecho de notoriedad, que no requiere el testimonio de autoridades, porque todos los historiadores chilenos, así nacionales como realistas, están contestes sin discrepancia, y él mismo no lo negó nunca, explicándolo como una habilidad, como en efecto lo fué, pero de mal género.

greso. Al día siguiente, reunióse un cabildo abierto, en que se proclamó una nueva junta compuesta de José Miguel Carrera, como representante de la capital, don José Gaspar Marín por el norte y Rozas por el sud, y en ausencia de éste á don Bernardo O'Higgins, encomendando á los jefes militares su ejecución. Por este conducto fué presentada la resolución al congreso, con una nota en que según el testimonio de un historiador chileno, « frívolamente reclamaba para los parciales » de Carrera colocación en los empleos vacantes ó por crear. » Esto es lo que ocupaba al nuevo dictador en momentos tan solemnes. El congreso en un principio, salvó su decoro, pero al fin autorizó la creación de la nueva junta. Pocos días después (noviembre 27), bajo el pretexto de que sus enemigos conspiraban y trataban de asesinarle, ordenó numerosas prisiones, confabulado con sus hermanos, sin consultar á sus colegas. Para dar alguna forma á estos atropellos, él personalmente condujo á un cuartel á uno de los presos, lo puso en un calabozo delante de un Cristo, lo obligó á confesarse y con el aparato de fusilarlo le hizo prestar declaración contra los demás presos. Esta farsa espantosa proyectó su primera luz siniestra sobre el carácter de Carrera, y ha quedado en la historia de Chile, con la denominación de « fusilamiento con » pólvora » (9). Del proceso que mandó instruir sobre esta base, resultó la inocencia de los acusados.

Reconvenido por sus colegas por estos desmanes, exigiéndole se justificase, se presentó con arrogancia ante el Con-

(9) Carta á Carrera del General Mackenna, que era uno de los presos, escrita desde su calabozo, publicada por Vicuña Mackenna, admirador de Carrera, en la « Historia General de la República de Chile, » t. I, página 405. — Nota del enviado argentino á su gobierno de 9 de diciembre de 1811, copiada por Barros Arana en el Archivo general de Buenos Aires, é inserta en su « Hist. de la Indep. de Chile, » t. I, ps. 343 y 344. — Fr. M. Martínez: « Memoria, » cit., p. 135. — La víctima fué el capitán Carlos Formas.

greso, donde le fué reprochada severamente su conducta por el desprecio que había hecho de los poderes públicos. Irritado por esta resistencia, y viendo que mientras existiese el cuerpo legislativo su poder sería limitado, hizo intimarle su disolución por medio de los comandantes de la fuerza armada (2 de diciembre), exigiéndole que « sin otra contestación que » el decreto : *concedido*, entregase los tres poderes al director ejecutivo. » Las tropas, abocando los cañones á las puertas del palacio legislativo, ocuparon el recinto de las sesiones, para hacer cumplir el mandato pretoriano. Amenazado por uno de los diputados de que « se irían á sus provincias, » le contestó con desprecio, que para lo que hacían, eso sería mucho mejor, consignando en su diario militar con la fecha de este día : « De algún modo manifesté mi encono contra aquella » canalla. » Sus colegas Marín y O'Higgins, — sustituto de Rozas, — protestaron y retiráronse del gobierno. Hizo reemplazarlos por dos hombres manejables ; pero uno de ellos renunció, y entonces, para hacer alarde de su voluntad antojadiza, lo suplió con un godo señalado (don Manuel Manzo), el único que había levantado su voz el 18 de setiembre de 1810 contra la instalación de un gobierno nacional. Desde este momento desaparecieron los dos partidos políticos de Chile, que representaban su aristocracia y su democracia revolucionaria, y sólo quedó imperando una oligarquía militar y una dinastía de caudillos, que emancipándose de leyes, juntas y congresos, no tenía más punto de apoyo que el ejército sublevado.

Triunfante el motín, dado el doble golpe de Estado y dueño absoluto del poder, Carrera sintió la necesidad moral de dar alguna explicación de sus actos, para justificar su elevación personal. Aquí se exhibe en toda su desnudez el ambicioso vulgar, sin ideas y sin ideales, que ni siquiera tiene el decoro de cubrir con un manto patriótico su temerario egoísmo. En un difuso manifiesto que hizo circular, dió por única

razón « la nulidad del plan de instalación del congreso, la ignorancia de los diputados en los principios gubernativos, los » sentimientos despóticos y sanguinarios de sus miembros, » que según él eran cómplices de la supuesta tentativa de » asesinato contra su persona. » Esto por lo que respecta á los móviles. En cuanto al programa del motín, él mismo lo ha consignado en sus documentos : primero pidió empleos para sus parciales ; en seguida : « pidió el pueblo para los tres » Carrera un escudo ú otra distinción en recompensa de sus » servicios. Á don Juan José se le dió el grado de brigadier, » á don Luis y á mí el de teniente coronel. Juan José quedó » con el comando de granaderos, disponiendo que se levantara un cuartel para su comodidad. Que se depositasen en » caja dos ó tres millones para las necesidades que podríamos » tener por los enemigos exteriores... y no recuerdo lo » demás. » Años después (en 1818) hallándose proscrito, cuando la desgracia debía haberlo aleccionado, su caudal de ideas no había aumentado, y repetía las mismas recriminaciones, pretendiendo que el pueblo chileno se había echado en brazos de su dictadura para salvarse (10). Jamás ningún autor de revuelta se condenó más inconcientemente á sí mismo, como jamás revuelta alguna ha sido más unánimemente condenada por la historia y los historiadores (11). Ella paralizó

(10) Ofi. de J. J. Carrera de 19 de noviembre de 1811, en Barros Arana : « Hist. de la Indep. de Chile, » t. I, p. 335. — Manifiesto del Gobierno de 20 de noviembre de 1811. — « Diario, » M. S. de José M. Carrera en « Hist. Gral. de la Rep. de Chile, » tomo I, p. 302 y 303. — « Manifiesto que hace á los pueblos de Chile el ciudadano J. M. Carrera. » Año 1818.

(11) Nada más unánime que la condenación que de este hecho hacen todos los historiadores, así chilenos y realistas como extranjeros. — Véase « El chileno instruido en la historia, » por el P. Guzmán, páginas 298-305. *passim*. — Fr. M. Martínez (realista) : « Memoria, » cit., ps. 133 y 136. — Barros Arana : « Hist. de Indep. de Chile, » t. I, ps. 438 y 439. — Amunátegui : « Comp. de la Hist. de Chile, » p. 100. — Gay : « Historia de Chile, » t. V, p. 249. — Vicuña Mackenna, admirador de su

el desarrollo orgánico de la revolución chilena, y la perdió irremisiblemente.

Carrera quedó dominante en el vacío sin más apoyo que las armas. Las fuerzas morales se le retiraron: los exaltados y los moderados, despojados unos y otros del poder por él, lo consideraron como enemigo, y la opinión que empezaba a tomar cierta consistencia, no lo acompañó. Llegó a tal punto su desprestigio y la falta de confianza pública, que propagada la voz de que todas las casas de la ciudad iban a ser saqueadas a mano armada, los vecinos emigraron al campo ocultando sus caudales. Carrera vióse obligado ante tal descrédito a hacer desmentir tan vergonzosos rumores por medio de los jefes militares, sin que por esto se calmasen las desconfianzas del pueblo (12). Su situación llegó a hacerse más aislada y peligrosa, cuando vió que el sud de Chile se armaba en su contra, y que Rozas a su cabeza había levantado la caida bandera del parlamentarismo.

III

Después del golpe de estado del 2 de diciembre y la consiguiente disolución del Congreso, todos los ojos volviéronse hacia el sud y a Rozas como la última esperanza y el único

genio, lo califica en su «Vida de O'Higgins,» t. I, p. 133 y 136, de «mo-
» tón culpable y vulgar, desvarío de una ambición turbulenta, sin razón
» ni pretexto, que dió origen a una oligarquía militar.» — Su biógrafo
y apologista don Diego J. Benavente en la «Galería de hombres célebres
de Chile,» t. II, p. 5, pasa como por ascuas sobre este suceso, limitán-
dose a decir que «descontento el público, una poblada lo nombró pre-
sidente.» — Por último, Gervinus, en la «Hist. du XIX siècle» y t. VI,
p. 213, formula este severo juicio: «El nuevo gobierno había desplegado
» mucho celo trabajando por consolidar la revolución, cuando fué de-
» rribado por el egoísmo temerario de Carrera.»

(12) Barros Arana: «Hist. de la Indep. de Chile,» t. I, p. 340.

hombre que podía resolver la cuestión entre la fuerza y el derecho. Rozas no trepidó. No obstante haberlo designado Carrera como miembro del gobierno, protestó contra el motín, y ofreció al Congreso su apoyo. El nuevo dictador militar habría deseado propiciarse la voluntad del antiguo dictador civil, aunque abrigaba contra él invencibles prevenciones, fundamentales unas y accidentales otras. La ambición medida de Rozas giraba en el círculo de la legalidad, y constituciona- lista así en la teoría como en la práctica, no iba más allá de presidir un gobierno civil sobre la base de una mayoría parla- mentaria, con los instintos federativos del sud de Chile por nervio. Carrera por el contrario, le escribía en los momentos de dar su golpe de Estado: «Usted se equivocó fatalmente cuando
» provocó un congreso en un reino sin opinión, sin espíritu
» público, sin ilustración, sin virtudes civiles, y aun sin co-
» nocimiento de los primeros deberes del hombre» (13). Su temperamento era nativamente chileno, y poseído de un patriotismo indígena de terruño, que encerraba sus ideas en el espacio de sus ambiciones, repugnaba la política interna- cional de Rozas, diciendo que ella «no era sino un reflejo
» de la de Buenos Aires» (14), y le señalaba como «una
» mala cualidad en él la de ser mendocino y adicto al Go-
» bierno argentino» (15). Esta fué la primera levadura que hizo más tarde fermentar sus odios contra el pueblo argentino y sus hombres, y que desde entonces empezaba a incubar. Agréguese a esto, que era su émulo en popularidad y poder, y dueño de una tercera parte del territorio sobre la que quería dominar, y se comprenderá que eran dos rivales

(13) Gay: «Hist. de Chile,» t. V, p. 256. — Carta de Carrera a Ro-
zas. M. S.

(14) Gay: «Hist. de Chile,» t. V, p. 235.

(15) Escrito de Carrera en Buenos Aires en 1815, apud Vicuña Mac-
kenna: «Hist. Gral. de la Rep. de Chile,» t. I, p. 438 (nota).